

El eterno retorno de Clara Hatt

(The Eternal Return
of Clara Hatt)

Louise Finch



TRADUCCIÓN DE ANA RAMÍREZ REQUENA

Kakao  books



Primera edición: Enero de 2025
Título original: *The Eternal Return of Clara Hart*
Editorial original: Little Island Books

Original title: THE ETERNAL RETURN OF CLARA HART

by Louise Finch

© 2022 by LITTLE ISLAND BOOKS DESIGNATED
ACTIVITY COMPANY, Dublin

Rights negotiated through Ute Körner Literary Agent
www.uklitag.com

© de la edición en español:
A. C. KAKAO BOOKS – Libros por la diversidad, 2025
www.kakaobooks.com – bookskakao@gmail.com
Reservados todos los derechos.

Ilustración de cubierta: Marina Vidal
Traducción: Ana Ramírez Requena
Correcciones: María Gay Moreno
Maquetación: Scarlett de Pablo
Impreso en la UE.

El diseño de colección de KAKAO BOOKS es obra de Diana Gutiérrez.

El logotipo está diseñado por Rodrigo Andújar Rojo.

ISBN: 978-84-126558-9-6

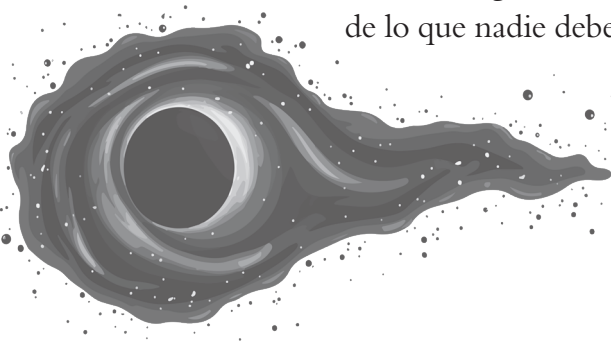
Depósito legal: B 19926-2024

Thema: YF

IBIC: YF

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización previa de sus titulares. La infracción de estos derechos es constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (www.cedro.org) si desea fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para alguien mucho más valiente
de lo que nadie debería tener que ser.





Hay un cuerpo a mis pies otra vez.

Las estrellas perforan el cielo y hay cristales esparcidos por el suelo. Aire frío y húmedo, hojas en el arcén. Sangre en la carretera, gravilla en su piel. Respirar me raspa la garganta. Tengo los nudillos en la boca y los muerdo.

¿Qué pasa con este día? La muerte lo envuelve como alambre de espino. Una muerte hace un año, y una muerte ahora. Ver morir a la misma chica cinco veces son demasiadas.

Hay un cuerpo a mis pies y tiene los ojos cerrados, pero no por mucho tiempo. Solo faltan unas pocas horas para que se despierte y volvamos a repetir todo esto de nuevo.

Lo siento.

Me agacho. Le aliso el pelo. Me inclino.

Despierta, Clara. Estamos juntos en esto, tú y yo.



LA PRIMERA VEZ

1.1

El día de hoy es un ladrón.

La gente lo llama el «aniversario» de mamá. Pero, nah, a mí no me suena bien. No para un día como este. Una fecha que ha estado acechando en el calendario, robándonos la felicidad día tras día y preparándose para soltar una buena hostia. He intentado pasar inadvertido (no mirarlo directamente), pero cada mañana me preguntaba: «¿Ha llegado ya? ¿Es hoy?».

Tiene gracia que, cuando finalmente llega el día, esa pregunta no sea la primera que se me pasa por la cabeza. Es esta:

¿Algún capullo le acaba de dar un golpe a mi coche? Me cago en todo, el día de hoy ha cumplido con su destino en cues-

tión de segundos. Ha superado las expectativas. Yo no creo en el destino, desde luego, pero vaya que si creo en la ironía. Gracias, universo, pero de verdad, no tendrías que haberte molestado.

Me quito las legañas y bostezo. Despertarme en el coche es un nuevo fondo que he tocado. El cuello me duele por la noche que ha pasado apoyado contra la puerta. Las articulaciones me crujen, la corbata me aprieta y tengo la boca tan espesa y roñosa como agua de lavavajillas. Se ve parte del aparcamiento del instituto en el espejo retrovisor. Ah, sí, este sitio, ya me acuerdo. Aparcado en un rincón donde los profesores no me verían. Y parece que el imbécil este tampoco me ha visto.

—Eh —digo.

La veo. Clara Hart. Pelo negro, nariz respingona con un *piercing* y orejas llenas de ellos, pero con un uniforme immaculado. Tiene los ojos entornados y los labios apretados en su gesto habitual de desaprobación. No me extraña que me haya dado; seguramente no vea más allá de sus tremendos aires de superioridad.

—Te acabas de chocar con mi puto coche.

—Feliz viernes a ti también, Spence. ¿Sabes que llegamos tarde a Tutoría?

Clara intenta escabullirse. La agarro del brazo y tiro.

—Ven y mira.

—Quita.

Se suelta de un tirón y me lanza una mirada ofendida, pero me sigue hasta la parte de atrás de mi MG clásico. Apunto un dedo acusador al brillante parachoques plateado, pero me detengo. Después de pasar cientos de horas metido en el garaje con ese coche, me conozco cada centímetro mejor que las manos que usé para repararlo. Y el parachoques está intacto. Perfecto.

—Está rayado —digo.

—Perdona, ¿dónde?

—Ahí.

No sueno convincente ni a mis propios oídos. Clara entrecierra los ojos y se lleva las manos a las caderas.

—Ahí no hay nada. ¿Qué quieres que haga acerca de absolutamente nada? ¿Que te dé los datos de mi seguro?

Clara tiene las cejas alzadas, lista para el combate. Yo recorro su Micra abollado con los ojos. Me paso la lengua por los dientes y noto cómo me sube el calor de la vergüenza. Vaya capullo estoy hecho.

—Me sorprende que haya aseguradoras que se arriesguen contigo —le digo.

Ella levanta dos dedos y dobla el primero.

—A ver, primero, ni siquiera te he tocado el coche, ¡míralo! Y segundo, no todo el mundo tiene un papi y una mami forrados que les compran coches.

—No me digas.

Pero el corazón se me retuerce un poco. Para que veas lo mucho que sabe ella. De forrados nada. Y sin mamá.

—¿Me puedo ir ya? —Aún tiene levantado el segundo dedo, como si se le hubiera olvidado—. Algunas personas tenemos estándares que mantener.

—¿Que tú tienes qué?

—¿Has dormido en una cuneta? —Arruga la nariz.

—¿Y tú aprendiste a conducir en otra?

Dios, ¿«conducir en una cuneta»? Ignoro mi zasca de mierda y abro el maletero para sacar mi mochila. No soporto verle esa cara de satisfacción a Clara. Vale, puede que yo esté resacoso esta mañana, pero al menos no me voy chocando con los coches de los demás. Eso es lo que tendría que haberle dicho.

Clara saca sus cosas del coche y se marcha pisando fuerte; la mochila le rebota en la cadera y lleva un cuaderno de bocetos negro bajo el brazo. Es como un signo de exclamación muy alargado: pelo negro, uniforme azul marino y zapatos negros interrumpidos por las piernas más pálidas que hayas visto en tu vida.

Me estoy preparando para gritarle algo ingenioso e hiriente cuando ella me dice por encima del hombro:

—¡Dúchate!

El tobillo se le dobla y trastabilla. Casi se cae. No se gira para ver cómo me parto de risa. Qué putada el karma instantáneo, ¿eh, Clara?

La sigo a suficiente distancia para asegurarme de que no la alcanzo. Pasaría de ir a Tutoría, pero sé que Anthony se cabreará si lo dejo tirado. Me ha enviado un mensaje preguntando que dónde estoy y todo, así que supongo que se acuerda del día que es. Es bastante conmovedor.

Gruño una disculpa al señor Barnes mientras me deslizo en una silla. Anthony me da una palmada en el hombro y me mira de arriba abajo con el ceño cada vez más fruncido. Quizás sí que apesto. Es difícil de saber ahora que he entrado en la nube de Hugo Boss de Anthony.

—¿Has vuelto a tener bronca con tu padre? —pregunta.

Sacudo la cabeza con los ojos fijos en el pupitre.

—No te puedes pelear si no hablas.

No te puedes pelear si no estás en casa. Y creo que Anthony está a punto de mencionar el día que es, pero sin embargo dice:

—Bien, *bro*, bien. ¿Acabaste el trabajo de Filosofía?

—Sí.

Ese recuerdo está en algún lugar entre la confusión de anoche. Empecé el trabajo cuando ya llevaba dos cervezas, pero

podría escribir estando inconsciente y me saldría algo potable. Y, bueno, tampoco es que ese trabajo cuente para mucho. Falta poco para las semanas de estudio sin clase, luego los exámenes, y nada de esto importará. Además, lo revisaré. Control de calidad y tal.

Anthony dobla un avión de papel y lo estrella contra mi cabeza.

—No eres solo una cara bonita, ¿eh?

—Ni eso soy.

Los compañeros que nos rodean están tirados en sus sillas, hartos de repasar y con ganas de viernes, esperando para zambullirse en el fin de semana. Clara está unas filas más adelante garabateando en una libreta. La miro fijamente, invocándola para que se gire y vuelva a avergonzarse por casi destrozarme el parachoques, pero mantiene la cabeza gacha.

Suena el timbre. Me levanto con el gentío, pero el señor Barnes me para con un:

—Espere un momento, James Spencer.

Cierra la puerta frente al batiburrillo de alumnos que esperan para la siguiente clase y nos quedamos solos.

Barnes se revuelve en la esquina de su escritorio hasta que está lo suficientemente incómodo como para soltar lo que tiene en la cabeza. Repasa con la mirada mi camisa arrugada, la corbata torcida, el pelo que hace días que no ve una ducha. Y aquí viene:

—¿Va todo bien, James?

—Sí.

—Ha llegado tarde otra vez.

Ya, obvio. Es un buen tío, el señor Barnes. Altísimo, delgado, calvo. Hoy viste de marrón con una corbata de color

verde lima para darle un toque a su *look*. Solo mirarle la americana hace que me piquen los ojos. No quiero ser impertinente, bastante mierda aguanta el pobre, pero Clara también ha llegado tarde y a ella no la está interrogando.

—Sí —repito.

—Su rendimiento está bajando.

—Ya.

Una pausa. Puede que Barnes me esté mirando la coronilla.

—Sabe que puede hablar conmigo o con cualquiera de los profesores, ¿verdad?

Ahí está. Me preguntaba cuánto tardaría en ir al grano. Barnes quiere lo mismo que todos: solo lo más profundo, lo más oscuro. Quiere que rebañe y le sirva mis sentimientos para que él los analice y luego me diga que no importan tanto como los excelentes en mis exámenes. No, gracias.

—¿Me puedo ir?

—Nos vemos en Filosofía. Intente no llegar tarde.

Barnes entrelaza las manos y aprieta los labios. El epítome de la preocupación. Sé por qué, claro. No quieren que lllore, ni que me automedique, ni que me convierta en un gamberrero mientras ellos sean los responsables. No quieren que otra estadística estudiantil se vaya al garete; al menos, no hasta que haga unos exámenes decentes que puedan añadir al historial del instituto. Barnes es un tío majo, como ya he dicho, pero es mejor no olvidar que ninguno de ellos me conoce realmente. No caigas en esa trampa. Soy uno más en la cinta transportadora. Un trabajo que abandonar al final del día.

Malgasto la mitad de la hora siguiente duchándome en el gimnasio. El desodorante en spray camufla un poco el mal olor de

la camisa de ayer. Aún se nota que he dormido con ella, pero con el *blazer* puesto, nadie se dará cuenta. Un chicle me apaña el mal aliento. Dos paracetamoles se encargan del martilleo que tengo en el cerebro.

Para cuando me reúno con mis amigos, soy casi un ser humano.

Anthony y Gusano están en la cafetería donde desperdiciamos las horas libres. Los dos parecen una cena: un filetón caro al lado de un triste puñado de patatas fritas en una mesa gris. Hay un olor perpetuo a verduras recocidas en la cafetería, pero es mejor que la sala común, la cual es demasiado... común.

Anthony tiene los pies sobre una silla y una sonrisa en la cara. Gusano está de morros. Me he perdido algo jugoso, pero no logro interesarme por ello. La cafetería está prácticamente desierta. Solo hay gente de vez en cuando que va hacia la máquina expendedora. Es por eso que a Anthony en particular le gusta este sitio. Le encanta acechar a las chicas.

—A ver esa sonrisa, Mia —le grita a la chica que está cruzando la sala. Mientras me dejo caer en una silla, Anthony se gira hacia Gusano y hacia mí y añade—: Ya sé yo lo que animaría a esa.

—¿Algo de chocolate? —digo mientras Mia mete monedas en la máquina.

Ella se arriesga a echar un vistazo por encima del hombro y le dedico una sonrisa comprensiva. Da vergüenza que Anthony no pare nunca. Él va a decir algo, pero me aparto de la mesa y busco dinero suelto en mis bolsillos. Me cruzo con Mia, que se dirige a la salida con su barrita. Anthony grita:

—Hay fiesta esta noche, trae a tu hermana.

Mia no mira, no se detiene.

Meto cincuenta centavos a ciegas en la máquina para comprar-me un Mars y vuelvo a la mesa, donde Anthony está diciendo:

—A Mia le doy tres estrellas y media: no repetiría, pero te hace el apaño.

Otra vez este rollo. Como si a mí me sobrara energía cerebral para puntuar a Mia. Anthony me da un golpecito con el pie y, como me obliga a darle un número, digo:

—Nah, no sé yo. Tres como mucho.

—Si tuvieras la oportunidad, la aprovecharías.

—Nah.

Él deja de sonreír.

—¿Te veo a las siete?

Ah. Sí. Me llevo las manos al estómago para contener los gruñidos y me muerdo el carrillo. Emito en dirección a Anthony un ruido que no me compromete a nada. Tendría que haber dicho algo hace semanas, cuando se decidió la fecha de la fiesta. Por algún motivo, esperaba que Anthony cayera del guindo, que se acordara espontáneamente de que es el aniversario de mamá y que cambiara el día. Pero supongo que se le ha olvidado (al fin y al cabo, no es su madre) y ahora estoy aquí, metido en este pozo y mirando hacia arriba. Digo:

—Puede que...

Gusano se me adelanta:

—Yo iré de *chill* esta noche, Ant.

—Ya, claro —digo con una risa ahogada.

Gusano irá de *chill* cuando esté muerto.

Las fiestas de Anthony son legendarias. Desde que teníamos quince años y sus padres lo dejaron solo por primera vez, han evolucionado de un ambiente ligeramente anárquico (partidas del escondite en las que veinte críos borrachos acababan meti-

dos en un armario) a la total aniquilación de reputaciones de las últimas veces.

Todo el mundo recuerda una fiesta de Mansbridge o, al menos, el primer setenta y cinco por ciento de ella. La última vez, Gusano acabó en pelotas y meando en el *jacuzzi* a las nueve de la noche. No lo ha superado. Yo tampoco lo habría superado si las chicas del instituto aún me llamaran «Pollaperro». No es que sea mucho peor que «Gusano», pero se rumorea que tiene un nardo más canino que humano.

En esos recuerdos, Gusano tiene pinta de estar mareado.

—¿Sabes qué? Creo que esta noche no iré —digo con un tono empapado de disculpa.

—¿Qué? —Anthony me da un empujoncito en las costillas—. No seas así. No puedes privarnos de tu compañía solo porque anoche te lo pasaste demasiado bien por tu cuenta. Ven-ga, échale huevos.

La forma en la que me juzga con la mirada hace que me arda el cuello.

—Creo que debería dejar de beber un poco.

—Ni hablar. ¿No dicen que la resaca se cura con alcohol?

—Sí, pero...

—Y ya casi hemos acabado con esta mierda. —Señala el paisaje vacío—. Es la última fiesta antes de que empecemos a estudiar en serio para los exámenes. Sé que quieres celebrarlo, *bro*.

Despego los labios de los dientes. No merece la pena insistir y que Anthony vuelva a comportarse conmigo como un témpano de hielo hasta cuando le dé la gana. Él tiene esa parte mezquina, y yo no puedo con este día solo.

Puede que Anthony lo dejara correr si le dijera por qué no puedo ir. Pero hay reglas sobre las madres muertas: no se las men-

ciona más de lo estrictamente necesario. La muerte es la hostia de deprimente, y mi trauma es bastante menos interesante para los demás de lo que lo es para mí. Además, mi otra opción aparte de la fiesta es una noche esquivando el tema junto a mi padre. Fingiendo que el aniversario no es hoy. Fingiendo que ella volverá de trabajar en cualquier momento. Nah, si tengo que fingir, prefiero hacerlo delante de gente que no sepa la verdad.

—Además —dice Anthony con una mirada de soslayo—, ¿qué clase de amigo serías si no me ayudaras a celebrar que Bee y yo lo hemos dejado?

Ahí está, el as en la manga: la ruptura. Anthony me ha pillado.

Tiene razón. No puedo abandonar a un amigo al que acaban de dejar. Ni siquiera cuando lo único que le duele es el orgullo. Ni siquiera cuando tengo una resaca del copón. Ni siquiera cuando soy la última persona que tendría que compadecerle.

—¿Vendrás, entonces? —pregunta Anthony.

Echo un vistazo a Gusano, que está jugueteando con su corbata.

—Spence, *bro*, di algo —dice Anthony, y luego añade distraído—: Vaya, mira quién va por ahí.

—Joder...

Es ella otra vez, la imbécil que sí le ha dado un golpe a mi coche, cruzando la cafetería con soberbia y fingiendo que no nos ve, como si no estuviéramos aquí.

—¿Qué? —Anthony se ha dado cuenta de mi expresión—. No está nada mal. ¿No te molaba hace un tiempo, Spence?

—No —digo demasiado rápido.

—Le daría lo suyo y lo de su prima —comenta Gusano—. ¿En serio siempre ha venido a este instituto?

—Bendita sea la pubertad —dice Anthony—. Es increíble, ¿eh? Un día son unas raritas patéticas con pintalabios negro y lorzas, y, al siguiente, toda la grasa se les ha ido al culo y a las tetas. —Hace un ruido como de sorber y se agarra el pecho.

—Sí, así es justo como funciona —digo—. Que le den a la ciencia, ¿eh?

—Cuatro estrellas. De lejos, parece auténtica. Se la recomendaría a un amigo.

—Cero estrellas. Llegó dañada —gruño con la mente puesta en mi coche y sus cicatrices emocionales.

—Voy a invitarla.

—Claro que sí, Ant. —Gusano se ríe.

Yo digo:

—Nah, tío...

—Eh, tío. ¿Fiesta en mi casa esta noche?

Clara se detiene. Se lo piensa con un Bounty abierto de camino a la boca (gusto de mierda añadido a la lista de sus delitos) y dice:

—No, gracias.

—Venga —dice Anthony—. Te garantizamos que te lo pasarás bien o te devolvemos el dinero. Si vienes a una fiesta, tienes un pase gratis para otra. Oferta especial de iniciación. Te haré una visita guiada personalmente.

Clara mira al suelo. Seguramente le incomoda incluso hablar con Anthony.

Él no se equivoca. Hace muchísimo tiempo, igual ella me hubiera interesado durante cinco minutos. No somos tanta gente en el curso. Pueblo pequeño. Cantidad limitada de chicas. Y Clara no es horrenda, aunque el *piercing* de la nariz y los túneles que le atraviesan las orejas (las lleva agujereadas por varios sitios)

le dan un aire de ir como demasiado en serio. Si Anthony me tirara de la lengua, ahora mismo le daría tres estrellas y media; pierde puntos por cómo conduce y por su personalidad. Clara es de esas que no participan. De las que se apartan a propósito de la multitud, como si *ella* nos rechazara a *nosotros*. Una persona a la que nadie reconocerá dentro de cinco años cuando nos topemos con la foto de este curso. Ni divertida ni memorable. Nada.

La gente como Clara me revienta bastante. Se creen muy por encima de los demás, de quienes hacemos lo que podemos para seguir adelante. Las fiestas, los equipos deportivos y el comportamiento cuestionable son partes de un uniforme colectivo que ella se niega a llevar. Siempre ha sido así, siempre, desde que la recuerdo. Según cómo lo veas, su actitud puede resultar intrigante o exasperante, y yo sé muy bien lo que opino.

Clara alza la cabeza de golpe e, inexplicablemente, se dirige a mí, no a Anthony:

—No, gracias. He oído hablar de tus fiestas y tengo cosas mejores que hacer con mi noche que ver a alguien cagar en una mesa o pillar una infección de transmisión sexual.

Le pega un mordisco a su barrita de coco repugnante y se aleja tranquilamente con la cabeza demasiado alta.

—Si cambias de idea... —grita Anthony tras ella. En voz baja, añade—: Pfff. Infección de transmisión sexual. Ya le gustaría.

Me empiezo a reír, pero un rayo de dolor me trepa por la espalda, un eco del impacto fantasma que me despertó, y me doblo hacia delante justo a tiempo para oír a Anthony decir otra vez:

—Pfff. Infección de transmisión sexual. Ya le gustaría.

Esta vez no me río, porque ¿qué cojones? Menuda insistencia, este *déjà vu*; es como una patada en los riñones.

Será este día, que encuentra formas nuevas y extrañas de hacer leña del árbol caído.

1.2

Me abro paso como puedo por el horario lectivo (hora libre, Filosofía, comer, Historia, hora libre) y llego al otro lado. En casa, me quedo de pie delante de la puerta con la llave en la mano y los ojos en el rosal que trepa junto a la ventana mientras intento recordar cómo se llama. Qué raro que las plantas tengan nombre. Qué raro que las plantas nos sobrevivan. Me sacudo y entro.

La casa está silenciosa como un puñado de cenizas. Arrojo la mochila en un rincón del pasillo y cierro la puerta del salón. No necesito ver las grandes estanterías empotradas, antes estaban repletas de libros con lomos agrietados comprados en librerías de segunda mano y que ahora solo acumulan polvo y las cuatro novelas viejas de Stephen King de mi padre. La cocina no es mucho mejor. Tenemos un pequeño calendario que sigue en una hoja de finales del año pasado y un reloj sobre la puerta que marca perpetuamente la una y cuarto; está sin pilas. Este lugar es como el plató poco convincente de una película.

Me gustaría poner las manillas del reloj en movimiento, acelerarlas, terminar con el día de hoy y pasar a mañana. En vez de eso, es lo de siempre: el microondas pita, la tostadora salta y me siento. Frente a mi tostada con anillos de pasta y salsa de tomate y mi Coca-Cola con un chorrito de vodka de la botella

que guardo en la mochila. Después, friego y seco para eliminar todo indicio de mi comida.

Para cuando llegan las cinco y media, soy una estrella de mar tirada en la moqueta de mi habitación. El orden perfecto habitual está perturbado por los restos del día a día: libros, portátil, apuntes para repasar Nietzsche como si estudiarlo una vez no te dejara ya con un esguince cerebral. *Black Hole Sun* gimotea por los altavoces. Estoy mirando a la nada cuando oigo pasos pesados que se acercan por el pasillo y (ya estamos otra vez, como siempre) hay una pausa antes de que llamen a mi puerta. Las tres caras sonrientes desaparecen cuando cierro de golpe el portátil.

Papá asoma la cabeza. Sus ojos marrón oscuro se ven borrosos tras sus gafas. Arruga la frente. Duda.

—¿Qué hay? —Se restriega el lado de la nariz—. ¿Cómo...? ¿Cómo te ha ido el día?

Me encojo de hombros.

—¿Y a ti?

—Oh, ya sabes. Soportable. Ha sido un poco duro, si te digo la verdad, James... —dice papá—. ¿Quieres algo de cenar? Puedo...

—Nah, ya he comido algo en casa de un amigo.

—Bien, bien.

—Sí.

Me quedo mirando la moqueta. «Ha sido un poco duro». Joder. «Soportable». Se me hace un nudo en la garganta.

—Estuviste en casa de Anthony anoche, ¿verdad?

—Ah, sí —miento.

Anoche necesitaba espacio. Anoche estuve solo, evitando a papá. Anoche me hinché a cervezas hasta que diluí todos

mis pensamientos sobre él o mamá o este lugar o cualquier cosa. Anoche aparqué en el rincón más oscuro y sórdido del aparcamiento del instituto porque no se me ocurría ningún otro sitio adonde ir que él o ella o este puto día no hubieran contaminado. Sería incómodo confesárselo, pero, por suerte, papá no tiene ni idea de dónde estuve. Su mente no es que esté ausente, es como que se le ha ido del todo. Sin dirección de reenvío.

Papá no nota la mentira. Con las preguntas vanas hechas, empieza a volverse, y me imagino a mí mismo solo en esta habitación otra vez. Me imagino aquí toda la noche. Veo, con tremenda claridad, una imagen de hoy hace un año, cuando me di cuenta de que el mundo nunca volvería a ser igual y repasé mentalmente todas las acciones insignificantes que una persona muerta no volverá a hacer, igual que las preguntas sin sentido de papá: ir a casa de un amigo, cenar, lavarse los dientes...

—Luego saldré. —Alzo la voz para que me oiga—. Hay fiesta en casa de Anthony.

—Ah... —Su cabeza vuelve a aparecer—. Ah. —Arruga las cejas—. ¿Esta noche?

Asiento. Aguardo. Medio espero resistencia. Medio la busco, porque ¿quién saldría de fiesta hoy? Pero el resbalón de la manilla encaja en el hueco con un «clic» y ahí queda la cosa.

Abro el portátil. Mi fondo de escritorio somos nosotros tres (una foto de ella, papá y yo) sonriendo como el estereotipo de familia feliz. No recuerdo el sonido de su risa.

—Qué ridículo, ¿eh? —mascullo.

No pasa nada, de verdad. Papá no quiere tenerme en casa deprimido y recordándole a ella esta noche. A papá y a mí nos va mejor por separado. Vivimos en terreno inestable; somos dos

piezas de dominó tambaleantes y destinadas al desastre. Si nos acercamos demasiado y uno de los dos cae, caeremos los dos.

Paro la música y pongo el episodio de una serie en la que no me puedo concentrar. El fin del mundo ha vuelto a ocurrir y solo queda gente guapa. La veo hasta que el cerebro se me queda en blanco. Otro episodio se reproduce automáticamente. El tiempo pasa en fracciones de treinta minutos hasta que llega la hora de vestirme e ir a la fiesta de los cojones.

Grito un adiós y salgo antes de que papá pueda contestar. En el coche, mientras arranco, me empieza a doler la cabeza. El dolor palpita en lo más profundo de mis huesos. Pum-pum, pum-pum, pum-pum, como el tictac de un reloj. Como una cuenta atrás.

La casa de Anthony es perfecta para montar fiestas. Está a las afueras de nuestro núcleo urbano de poca monta y cerca de los pueblos pijos, en una de esas carreteras rurales serpenteantes donde los coches circulan demasiado rápido y los setos altos ocultan bestias de ladrillo. Casas grandes, jardines aún más grandes, coches relucientes, gallinas ponedoras y perros del tamaño de caballos. Salpican los prados como si el pueblo las hubiera escupido. Burguesía hasta donde alcanza la vista.

La casa de Anthony ha sido mi segundo hogar desde que los Mansbridge huyeron al campo hace siete años, cuando escaparon de la hostilidad de Londres. Al señor Llárame-Dom Mansbridge lo estuvo persiguiendo la prensa por urdir una estrategia de «administración de patrimonios» en un paraíso fiscal, la cual usaba para guardar como una hormiguita los millones que les sobraban a unas cuantas celebridades de tres al cuarto. No es ilegal, pero, como papá dijo con un chasquido de lengua, «ese no es el espíritu británico».

La cara del señor Mansbridge aún aparece en los periódicos de vez en cuando, así que esa familia es lo más parecido a gente famosa que tenemos en este sitio. No es de extrañar que las fiestas sean inmensas. La notoriedad. El glamur. Los padres ausentes.

En la encimera de mármol de la cocina hay alcohol: bebidas baratas y bebidas robadas, cerveza, licores, sidra. Botellas de *prosecco* para las chicas que fingen tener clase. Alrededor hay un buen puñado de desconocidos y chicas de diecisiete años demasiado guapas como para darles conversación. Me acomodo. Bebo. Sirvo. Bebo.

Mientras aún me queda coordinación, saco mi guitarra del coche y toco para la gente que está en el jardín. Todo clásicos, cosas que hasta los padres podrían cantar. Los espectadores escuchan; algunos se unen.

El público es el motivo por el que aprendí a tocar, la razón por la que rogué que me apuntaran a clases después de dejar el violín. Mamá dijo que seguro que abandonaría también la guitarra, pero es que ella no entendía lo que a mí me atraía de la música cuando eligió el violín para mí. Dudo que complaciera a las masas interpretando fuera de tono a Brahms. Paso a algo mejor, *One More Cup of Coffee*, pero nadie se sabe la letra.

—Por favor, ¿estás intentando que nos cortemos todos las venas? —pregunta Bee cuando se deja caer a mi lado, sus bucles rubios rojizos al viento—. ¿No te sabes otra?

—¿*Given to Fly*? —sugiero.

—Tú siempre tan deprimente. Me refiero a algo un poco más animado, cari. ¿Qué me ofreces?

Bee menea las cejas. Un silencio intenso y extraño se alarga un par de instantes. Me río entre dientes, me paso una mano por el pelo y digo:

—Solo música fúnebre. Tengo que reflejar el ambiente.

Ella toma la guitarra, tamborilea un ritmo en el lateral con las manos y canta una frase de Arctic Monkeys, pero entonces para y pone morros.

Siento vértigo en el estómago. Bee es un ser humano encantador. También es todo simetría, piernas y pestañas largas. Como seres sofisticados que somos los alumnos de instituto, lo buena que está es uno de los motivos por los que la gente adora a Bee. Y con «gente» me refiero a todo el mundo, incluido Anthony hasta hace cinco días. Y hablando de eso:

—¿No es un poco desconsiderado que hayas venido aquí?

Ella suelta una risa y se aparta los rizos. Sus brazaletes tocan percusión.

—Dios, no vamos a fingir que a Anthony está triste por lo ocurrido, ¿verdad?

—Supongo que lo superará.

—Ese es exactamente su plan, creo yo. Si encuentra algún cuerpo que respire y que él aún no haya «superado».

Me encojo de hombros.

—No fue una de mis mejores decisiones, desde luego —dice.

Por un momento de infarto, pienso que se refiere a haber roto con él, pero sigo su mirada hacia donde está Anthony de pie dentro de la cocina, cerca de las puertas al jardín, con la boca abierta y sacudiendo los hombros. Va vestido de rosa y turquesa, a juego con el chiste malo que esté contando.

—Sí —digo con demasiada empatía—. Mira que de todos los chicos...

Una sonrisa se extiende por la cara de Bee.

—¿Qué otras opciones tenía, Spencito?

Me sale un ruido raro de lo profundo de la garganta. La puñetera sabe exactamente las opciones que tiene. Me mata con esta mierda. Le arrebató la guitarra y arañó las cuerdas con el pulgar.

Bee saca una piruleta de Coca-Cola de algún bolsillo oculto. Me la planta en la boca, se levanta, se sacude el polvo de los muslos y extiende la mano hacia mí.

Vamos dentro y me doy cuenta de que he vuelto a perder una oportunidad de oro para hablar con Bee a solas como el puto imbécil que soy. En vez de eso, me incorporan a juegos de beber sin sentido donde derramo secretos y líquido. Voy ciego antes de que la piruleta que tengo en la boca se disuelva. Bebo. Sirvo. Bebo. Bailo mal y cuento chistes peores. Bebo. El mundo se acelera. Bebo.

No son ni las once y todo ha dado un vuelco. Fuera, Mia Turner está tirada en un banco de jardín iluminado artísticamente con focos dorados. Se sujeta el pelo oscuro y ondulado mientras vomita en una maceta. En el lado opuesto, impertérritas ante el espectáculo de Mia, dos personas se comen la boca. Luego está Lana prácticamente cabalgando a Shaun contra la pared de la casa, y Felix dentro, bebiendo con un embudo. El suelo resbala y una neblina de marihuana flota desde rincones oscuros.

El salón se ha desintegrado y ahora es ruido y color y caos. Los cuerpos chocan entre sí, descoordinados, desaliñados. Unos suben mientras otros bajan. Unos se agitan y otros se mecen. El aire es espeso, lleno de alcohol y desodorante barato. El corazón de la fiesta late contra las paredes y drena mi energía. Estoy cansado de todo y desearía poder mandar a todo el mundo a su puta casa. Me pregunto por qué he venido.

Mi campo de visión está borroso. Tengo la mano pegajosa por algún error de cálculo con alguna bebida. Serpenteo por el salón entre paredes de vaqueros mientras intento localizar una cara amiga. Me doy en la espinilla contra la mesita de café y tengo suerte.

Gusano, medio ahogado en cuero de color castaño. Gira la cabeza hacia el otro lado cuando me tiro en el sofá junto a él.

—¿Qué, Gusano? ¿Has ido de *chill*? —Me llega un gruñido tenue desde los cojines—. No vas a potar en el sofá, ¿verdad?

Otro gruñido.

—¿Quieres agua?

Él vuelve la cabeza hacia mí con las facciones retorcidas.

—Lo único que quiero, capullo, es que me dejes morir tranquilo.

—Ah.

—Como un tigre derrotado en el Serengueti.

—Los tigres no viven en el Serengueti, tío.

Tomo sus gafas y se las coloco sobre la nariz. Él gime y balbucea no sé qué sobre los documentales de David Attenborough y, con sus dedos nervudos, se restriega los ojos tras las gafas. Yo le doy una palmadita y le recomiendo que se eche una siesta como la bestia noble y orgullosa que es, a pesar de que Gusano parece más una suricata malherida que un depredador majestuoso. Él se vuelve a tumbar bocabajo. Yo me siento sobre él para ubicarme.

Algo me llama la atención al fondo. Una cortina de pelo negro, una oreja con cosas que brillan. Me pongo de pie en el sofá, con los pies a cada lado de la cabeza de Gusano, para otear por encima de la multitud.

Resulta que al final Clara Hart no tenía cosas mejores que hacer con su noche. Está aquí, allí, bailando entre el gentío, con

un vestido de tirantes finos y un escotazo por el que ves su torso blanco y un destello de encaje negro.

Clara baila como la gente dice que desearía poder bailar, con los brazos sueltos y los ojos cerrados, como si no mirara nadie. Tiene las manos alzadas por encima de la cabeza, balancea la barbilla bajo el cabello húmedo. Se derrama encima el contenido de su vaso y salpica a la gente que la rodea. Con los ojos cerrados, no ve las miradas que le echan, cómo todo el mundo la evita. Pero yo sí que lo veo.

No sabía que a Clara le gustara bailar. No sabía que le gustara salir de fiesta.

Me llevo mi vaso a los labios y bebo hasta vaciarlo. Anthony se abre camino entre la gente. Se planta allí y Clara se vuelve hacia él.

Clara se da cuenta de mi mirada y me señala. Me hace señas para que me acerque. Pero Anthony tiene las manos en su cintura. En todas partes.

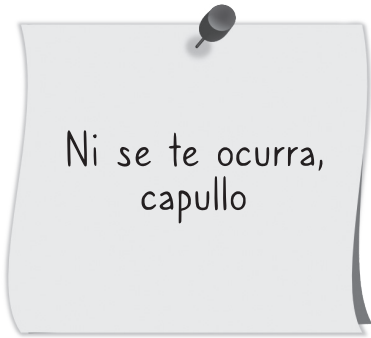
«Infección de transmisión sexual. Ya le gustaría». Me río por lo bajo, pero la risa es seca y áspera. Clara aún me mira, pero paso.

Me voy a por otra bebida.

1.3

Bebida localizada, despachada, sustituida. Tropiezo, meada, cremallera.

Al comienzo de las escaleras, una hoja de papel colgada con chinchetas pone:



Ni se te ocurra,
capullo

Lo asimilo. Me tambaleo y subo dándome impulso con el pasamanos. El piso de arriba es una zona prohibida debido a la lujosa moqueta de color crema. Que la gente respete el cartel es señal de lo mucho que a todo el mundo le gusta una fiesta de Mansbridge. Eso, o es señal de lo poco que quieren que se les eche. Ryan aprendió la lección a las malas la última vez, cuando Anthony desenchufó la música y lo mandó a tomar por culo. Aunque primero dejó que Ryan se arrastrara. Fue un espectáculo.

Sea como sea, aquí arriba no hay nadie. Ni un alma. Ni siquiera la gente que hacía cola desesperada para ir al baño. Los vi de camino aquí, una cinta transportadora de vejigas nerviosas, chicas cruzando las piernas y entrando en grupo, como si se meara más rápido con público.

Siento como olas que me rompen a cada lado del cráneo. Apenas me tengo en pie.

Necesito un sitio donde esconderme, un sitio donde pueda cerrar los ojos sin perder una ceja y sin que me dibujen una polla con rotulador permanente sobre la piel. Ya me ha pasado antes y he sido carapolla dos veces, vergüenza debería darme, ¿eh? Pero cuando abro la puerta del dormitorio de Anthony, él está ahí, en la oscuridad cerca de su cama. Enciendo la luz y él pega un bote.

—Hostia puta, *bro*. —Suspira aliviado y vuelve a rebuscar en sus cajones—. Pensaba que eras uno de los que se pasan las reglas por el forro.

El dormitorio de Anthony está que parece que han entrado a robar, prendas por todas partes, tazas y platos apilados en las superficies. Hay una pila de ropa sucia a mis pies. Pierdo un poco el equilibrio cuando me agacho a recoger un calcetín. Digo:

—Lo soy. Soy un puto rebelde.

—Vas dobladísimo, ¿eh?

—Ant. Anthony. Es el puto *apolipsis* ahí abajo. —Lo miro entornando los ojos. Él ya me entiende.

—Ajá —dice—. ¿Sabes qué necesitas?

Se endereza, voltea la mano y revela... ¿qué? No veo bien. Pastillas o polvo o lo que sea. Doy un paso atrás.

—Nah. Nah. No me va.

—Cagueta. A lo mejor te espabilaría.

Anthony repasa rápidamente con el dedo lo que tiene en la mano. Lo mismo sí que soy un cagueta. Seguramente me pierdo un montón de experiencias alucinantes porque los profesores acojonaron pero bien al pequeño Spence, de doce años, diciéndole que se moriría si se metía algo de eso.

Pero cuando estoy a punto de dar un paso adelante y decir que sí por una vez, de extender la mano para lo que sea que me vaya a dar, veo un destello de mi madre en la mente, la decepción escrita en su rostro mientras yo vaciaba el estómago en la entrada de casa tras un primer experimento fallido con vodka. Ella lo odiaría y yo odiaría eso.

Anthony dice:

—Será que no te pones hasta arriba de mierda ya. El alcohol te mata más rápido.

—Todos estamos muriendo.

—Sí, ya. —Anthony vuelve a meter sus cosas en el cajón—. ¿Crees que has terminado con la fiesta?

—Nah.

—¿Quieres tumbarte un rato?

—Por favor.

Anthony me guía al cuarto de su hermano, ordenado y vacío desde que Eric se fue a la uni hace cinco años. Ahora solo lo vemos por internet.

Anthony me deposita encima de las sábanas. Me quita las botas y balbuceo una disculpa por llevarlas puestas aún. (Joder, la moqueta, Dios, ¿acaso soy un animal?). El techo se mueve, pero, cuando cierro los ojos, la oscuridad se acelera. Abiertos es mejor.

—Déjame los pantalones puestos, pesado —digo pateando cuando Anthony me toca los vaqueros.

Él aparta las manos. Me pongo boca abajo. No sé por qué los colegas siempre tienen tantas ganas de desvestirte cuando vas ciego perdido. Como si despertarse en vaqueros con la piel arrugada y los huevos escocidos fuera peor que despertarse en pelotas.

Me despierto un tiempo después. Aún en la habitación de Eric. Aún vestido, con la piel arrugada y los huevos escocidos y todo. La música late, las carcajadas flotan, y hay mucha cháchara, gritos y chapoteo en el *jacuzzi*.

Se oye un portazo en algún lugar del pasillo.

Miro el móvil: es poco más de medianoche, vergonzosamente temprano como para estar sobando. Al menos esto significa que es un nuevo día, que ya no es el aniversario de nada. Me

levanto de la cama de un salto y dejo atrás ese peso. El contador se ha reiniciado.

Mis botas están en el suelo. No atino a ponérmelas. Paso de ellas y me sostengo sobre piernas débiles. Miro el móvil otra vez mientras me arrastro por el pasillo. Anthony y Gusano han estado ocupados. Fotos en el chat de grupo de ellos lamiendo mejillas de chicas. El juego de siempre. Me sorprende que ellas sigan entrando al trapo, pero quizás en el fondo les gusta. A una de las fotos le acompaña un texto: «Sabe a pollo».

Hay fotos de Clara. Perjudicadísima. Párpados cerrados, tirantes flojos, sudor en la piel. Estaba a un gesto desafortunado de que se le escapara un pezón, ¿cuándo? Hace media hora.

Clara Hart. ¿Quién se lo iba a imaginar? Parece que sí sabe pasárselo bien.

Desde la parte superior de la escalera, oigo risitas ahogadas. La puerta del dormitorio de Anthony está cerrada, pero reconocería la risa sucia de Gusano en cualquier sitio. Agarro la manilla con torpeza y empujo. El resbalón se desliza, pero la puerta no cede.

—Gusano. —Golpeo la puerta. Y otra vez y otra y apoyo la cabeza contra ella—. ¡Eh! Más te vale no estar fumando ahí dentro, cerdo asqueroso.

Se abre el cerrojo con un ruido sordo. Apoyo la mano y empujo. La puerta se abre un poco, pero se vuelve a cerrar de golpe.

—¿Qué cojones?

—¿Spence? —Es la voz de Anthony.

—Abre la puerta, payaso.

La entorna. Aparecen su cabeza y su brazo, el codo apoyado en el marco como barrera.

—¿Te importa? —dice—. Estoy ocupado, no sé si me entiendes.

—Ah, ¿sí?

Y una mierda como una catedral, porque sé que he oído a Gusano. A no ser que Anthony quiera estar a solas con Gusano, en cuyo caso le doy un diez al esfuerzo que le pone a su fachada de heterosexualidad agresiva.

Trato de empujar, de hacer sitio. Anthony trastabilla. La veo. Solo un instante. Ahí, en la cama. Demasiada piel. Partes de ella que nunca pensé que vería.

La puerta se entrecierra firmemente otra vez. Anthony tapa el hueco.

—¿Me das un minuto?

—¿Está Gusano ahí?

—No.

—Lo he oído.

—No está.

Me lo quedo mirando.

—¿Qué...?

—Spence, *bro*, necesito que te vayas... —Él empuja la puerta con fuerza y yo doy un traspies hacia atrás por el pasillo—. Que te vayas a tomar por culo.

Oigo el clic del cerrojo.

Tengo los ojos clavados en la puerta, aún sin saber muy bien qué he visto. Ni siquiera a quién. ¿Era...? Nah. Clara Hart no.

Bajo las escaleras. Me siento en el sofá. La gente entra y sale de mi campo de visión. Nadie se queda. Nadie pregunta, ¿qué iban a preguntar? Me levanto, me sirvo una bebida. Me la llevo de vuelta al sofá y me siento. Golpeo el vaso con la punta del

dedo. Bebo un poco más; la mezcla de alcohol es fuerte y me hace entrar en calor.

Ojalá pudiera detener mis pensamientos. Ojalá no la hubiera visto tendida de esa manera. Está mal. Es vergonzoso. Ni siquiera ha intentado cubrirse. Me cago en Clara, que me despierta, me da un golpe en el coche, se desploma por toda la fiesta. No me deja tranquilo. Y era *ella*, estoy casi seguro. Me restriego el ojo hasta que me arde y el mundo se hace trizas.

No me puedo creer que Anthony se haya liado con ella. Mañana se morirá de vergüenza. Me da igual lo divertida que sea ahora; Clara es una bajada de categoría respecto a Bee. De Gusano me lo creo. Gusano iría a por ella sin problema. Si es que estaba allí.

Y, hablando del rey de Roma, Gusano se deja caer en el sofá. Los ojos le van de un lado para otro.

—¡Ey, Spence! ¿Ya te has echado la siesta?

Lo miro fijamente.

—¿Clara Hart? ¿En serio?

—Tío, esa iba buscando algo.

Tiene una expresión alegre. Desenfadada. Supongo que me guiñaría el ojo si le quedara algo de coordinación. Es su actitud, más que sus palabras, lo que me molesta.

—Qué turbio.

Gusano frunce los labios, preocupado. Los relaja y uno cae sobre el otro como dos trozos de carne cruda que chocan.

—Anímate. Es una fiesta.

—¿No me digas?

Una sonrisa le parte el rostro. Yo miro al techo como si pudiera ver qué ocurre al otro lado. Me vuelvo hacia Gusano. Su cara estúpida, sus gafas gruesas.

—¿Te lo estás pasando bien? —pregunta mientras prepara papel y tabaco.

Me sacudo. Venga. Es una fiesta. Es Gusano. Es Anthony. Y a mí, ¿qué coño me pasa? Chasqueo la lengua y me deshago de los pensamientos desleales a medio formar que tengo en el cerebro. Son mis mejores amigos. Soy un capullo.

—Las tías —digo, y mi propio suspiro me deja planchado—. ¿Por qué tienen que ponerse tan hasta la bola?

—Buah, ni te imaginas hasta qué punto.

—No —concuerto.

Gusano sonrío.

—¿La has visto antes, bailando? Iba pasadísima.

—Verás lo gilipollas que se sentirá mañana.

—Alguna polla ya ha sentido hoy. —Gusano suelta una risita grave y sucia.

—Anda ya.

Noto sabor a vómito. La veo tirada en la cama.

No es nada. El día de hoy me está emparanoiando, lo está exagerando todo. Necesito aclararme, necesito...

—¿Sabes qué necesito? —digo—. Necesito que me ayudes a colocarme pero bien. Ahora mismo.

Gusano lía. Lo miro, tenso y con los ojos muy abiertos. Preguntándome cómo coño los problemas de Clara se han convertido en mi problema, pensando en que me sentiré mucho mejor en cuanto me haya fumado un porro, bebido una copa y ella baje por las escaleras chocando la mano con sus amigas porque ha pasado treinta minutos con el tío más popular del instituto. Si no, me sentiré mejor después de un porro, cinco copas y dormir. Todos los problemas desintegrados: los suyos, los míos y los del mundo entero.

Estoy rebotando los codos sobre las rodillas cuando se oye ruido en el pasillo. Estrépitos y golpes. Sonidos preocupantes.

A espaldas del sofá, se puede ver a través de la puerta abierta. El comienzo de las escaleras queda enmarcado, y Clara también. Está con las piernas tiasas, medio en el suelo y medio en las escaleras. Me levanto. Miro a Gusano, que tiene los ojos fijos en su maría.

Clara lleva el vestido arrugado en torno a la cintura. La ropa interior, negra y con encaje, queda a la vista.

Me tambaleo, sin equilibrio, como si hubiera sido yo y no Clara el que acaba de rebotar escaleras abajo como una piedra sobre el agua. Debería acercarme, ayudarla a ponerse bien la ropa, pero tocarla parece algo malo, así que me quedo de pie inútilmente.

No puedo apartar los ojos de ella.

—Dios mío, Clara. —Bee pasa como una bala y se agacha al lado de Clara. La ayuda a sentarse y le alisa el vestido.

Yo me acerco con tanta indiferencia como puedo, pero Bee me mata con la mirada y me doy cuenta de que la indiferencia es la nota equivocada que tocar.

—¿Está bien? —pregunto.

—Se ha caído por las escaleras.

—Ah, sí.

—¿Te has hecho daño en la cabeza, Clara? ¿Dónde te duele? —dice Bee.

Clara la observa con ojos como ventanas vacías.

—¿Has bebido demasiado? —añado, y Bee me mira con el ceño fruncido—. ¿Anthony aún está arriba?

Clara niega con la cabeza.

—Venga, apartaos todos —grita Bee, aunque nadie está prestando atención.

—¿Va todo bien ahí abajo? —Anthony aparece en la parte superior de las escaleras. Nos mira desde arriba, con la luz a sus espaldas como un ser omnipotente. Baja un par de escalones.

El resto de gente se ha empezado a pecatar de lo que pasa, atraídos por el grito de Bee. Se amontonan en las puertas, asoman las cabezas por las esquinas, avanzan por el pasillo. Merodean, no lo suficientemente cerca como para que se les acuse de querer ayudar, pero lo bastante como para ver qué ocurre, lo bastante como para que oiga sus medio susurros:

—Madre mía, cómo va...

Clara levanta la cabeza de golpe.

—Me voy a casa.

—Por favor, no seas boba, nadie te ha visto —dice Bee—. Ha sido un tropezón.

Clara consigue ponerse en pie, avanza con dificultad hasta la puerta y la abre de un tirón.

—¿Adónde vas? —pregunta Bee.

—A casa.

—No, Clara, no puedes conducir así, cari, estás borracha.

Los ojos de Clara van de un lado a otro, comprobando todos los espacios vacíos. Se abraza a sí misma con tanta fuerza que es como si intentara desaparecer.

—Iré andando.

—¿Qué...?

—Perdona, me tengo que ir —dice Clara desde la entrada abierta, mirando hacia dentro. Tiene los ojos húmedos y la boca tensa, demasiado pequeña. En los brazos blancos le han nacido marcas rojas donde se ha apretado demasiado fuerte.

—Dile que no puede irse. —Bee hace un gesto en mi dirección y yo me encojo de hombros.

Clara empieza a alejarse por el camino y Bee la sigue. Yo me quedo en la entrada con Anthony.

—¿Todo bien, bro? —dice. Miramos a las chicas.

—Clara, ¿adónde vas? —grita Bee.

Clara acelera el paso, *staccato* sobre grava. Corre y se tropieza, da un traspiés y suelta un grito, pero no se cae. Corre hasta estar al otro lado de la verja abierta y se detiene. No hay ningún lugar adonde ir. No hay camino, no hay farolas.

El tiempo se alarga, tirante, y se ralentiza al apretarse contra este momento. Veo a Clara ahí fuera, en la oscuridad, y a Bee acercándose a ella. A Clara iluminada en un destello. A Bee gritando.

Todo salta hacia delante. Hay un coche donde estaba Clara y Clara no está. Nada tiene sentido. Grava que cruje. Bocanada de aire frío. Puños blancos de apretarlos. Y entonces estoy en la carretera y hay cristales rotos y faros destrozados y un pie desnudo doblado en el ángulo contrario y no estoy viendo esto. No voy a ver esto. Pero, no, no puedo cerrar los ojos.

1.4

La comisaría es azul y blanca, colores limpios, pero el suelo está lleno de manchurroneos. Las luces demasiado brillantes hacen que me lloren los ojos. Hacen que quiera confesar algo.

Un agente es alto y callado. La otra, bajita, habla. Lleva el cabello castaño bajo la gorra en un recogido tan apretado que le tira de la cara. De su boca emana un tufo a café cuando se inclina demasiado cerca, pero es amable, así que no puedo decir que me esté dando náuseas.

Soy educado. Cuando contesto a sus preguntas, me tropiezo con las palabras.

Clara está en el hospital, dicen.

Bee y yo nos quedamos esperando junto a la verja. Entrelazamos los dedos. Temblamos juntos, con los labios demasiado fríos como para controlarnos mientras soltábamos mentiras como «se pondrá bien». Los brazaletes de Bee tintineaban en su muñeca, y se los quitó y los tiró al suelo. Anthony estaba vete a saber dónde.

Llegó la ambulancia, la policía. Luces azules parpadeando sobre la casa, los árboles, las nubes, nuestras caras. Se llevaron a Clara.

He olvidado los detalles entre la casa y la comisaría. No recuerdo haber visto a Clara en la carretera ni las preguntas que nos hizo la policía. No recuerdo las respuestas que dio Bee. No recuerdo el nombre de esta agente. Esos datos se han perdido, igual que muchos otros por los que la agente no deja de preguntarme.

—Salió corriendo a la carretera. La atropellaron. —Eso es lo único que importa. Es en lo que no puedo dejar de pensar. Igual que...

—¿Conoces bien a Clara?

—Del insti.

—¿Me puedes explicar cómo acabó en la carretera?

Niego con la cabeza. Ella escribe algo.

—Iba a volver a casa andando —digo.

Ella sigue escribiendo.

—¿Sabes si tomó algo?

Niego.

—¿Alcohol?

Asiento.

—¿Drogas?

Me encojo de hombros.

—¿Qué más hizo Clara en la fiesta?

Esa última.

—¿Eh?

—¿Puedes describir las actividades de Clara en la fiesta? —Su expresión es amable, pero la pregunta es una trampa.

El corazón me palpita más rápido. Mi mente se va a Clara en la cama de Anthony, pero no, eso no. Clara no querría que lo supieran.

Miro cómo rasco el brazo de la silla con la uña; noto la aspereza del plástico bajo el dedo. Es ridículo que aún vaya en calcetines. Aprieto los dedos de los pies. Hierba y barro pegados en la tela. Tendré que tirarlos. Clara estaba descalza.

El cansancio llega de golpe. Me agarra, me arrastra. Si no duermo, me preocupa que empiece a decir cosas raras. Se acumulan en el linde de mi consciencia.

No puedo evitar la súplica cuando pregunto:

—¿Me puedo ir?

Clara iba cieguísima, por eso estaba en la carretera. No tendría que haber venido a la fiesta si no sabe controlarse. Todo el mundo vio el pedo que llevaba, primero bailando y después cayéndose por las escaleras. Corriendo hacia los coches. Jodiéndome el día de principio a fin.

Clara, allí en la carretera. De todos los días que hay, tenía que ser hoy.

Antes de irme, la agente me da un folleto que doblo y me guardo sin leer. Me da las gracias por mi tiempo. No puedo mirarla

a los ojos cuando me dice lo bien que lo he hecho, lo mucho que he ayudado. No he ayudado.

—James. Ay, James —dice papá cuando salgo a la sala de espera.

No sé quién lo ha llamado, pero mi padre encaja perfectamente entre los muebles de plástico desgastado. Verlo sabe a fracaso. Que haya tenido que venir aquí a buscarme.

Se acerca como si fuera a tocarme. Alzo una mano y él rebota contra mi barrera invisible.

—Gracias por venir.

—Estás... —Sacude la cabeza con el ceño fruncido y deja morir la frase. Me espero para saber qué estoy. Siendo ridículo. Haciéndole perder el tiempo. A papá le tiembla la boca, pero no se me ocurre por qué. Dice—: Normal. Vámonos a casa.

—¿Has visto a Anthony o a Gusano?

—Lo siento, solo a una chica.

—¿A Clara? —Arrugo las cejas ante mi propia pregunta estúpida. Es obvio que no ha visto a Clara. Clara está en el hospital—. ¿A Bee?

Papá sacude la cabeza con tristeza. Ya, no tiene ni idea de quiénes son mis amigos. Eso era cosa de mamá.

Cerca hay un tipo de uniforme. Me suena. Alguien a quien quizás vi en la casa. Digo:

—Ey, em... ¿Se sabe algo de la chica? Clara Hart.

Supongo que este tipo se acuerda de mí también, porque me mira como si fuera escoria. Quizás lo soy. Quizás sabe lo que hice. Pero no hice nada. Y ahora ni siquiera estoy seguro de cómo me está mirando. Dice:

—Murió hace una hora. Llegó muerta.

Asiento. Me quedo vacío.

De camino a casa, papá dice «sabes que puedes hablar conmigo», «qué horrible que hayas visto algo así», «pobre chica». Me da esas frases carentes de significado. Me pregunto si no se está oyendo. Me pregunto si no ve el paralelismo y por eso no le matan todas las emociones que lleva dentro, sino que el horror lo entumece. Esto ha pasado. Hoy. Otra vez.

Joder.

—Estoy bien. —Intento amagar una sonrisa—. Tan solo necesito dormir.

—Ya hablaremos mañana.

—Puede.

Papá se arriesga a lanzarme una mirada furtiva, pero la aparta en cuanto me ve mirando.

Tengo la mente demasiado atestada. No hay sitio para nada. Apoyo la frente contra el metal del coche y me veo a mí y a papá quebrados en pedazos y esparcidos sobre el asfalto, piel y sangre y cristal.

No.

Hacemos el viaje en silencio. Me meto en la cama. Me quedo mirando mi bombilla apagada. El metal y el cristal se han ido. En su lugar, hay algo que no me puedo sacar de la cabeza. Cuando Clara estaba bailando, lo de ir de abajo arriba, de pie, al suelo y de pie otra vez. ¿Cómo lo llama Anthony? Ah, sí. La «danza de la zorra».